

callejas ni muros, ebria de lujuria y de verdor, potente como el organismo de los campesinos, criados al aire libre, sin refuamientos, casi sin caricias.

Así transcurrieron tres meses, breves para ella: los días se sucedían á las noches, las noches á los días, sin contratiempos, tranquilamente.

Cuando se hallaba al lado de Julián, rara vez hería su mente el recuerdo del hogar lejano: amorosa como era, entregada por completo al ganapán odiado de los suyos, bastábale el presente, absorbíase en las miradas de él, estaba pendiente de sus labios, atenta á su menor deseo.

Mas por las tardes, al encontrarse sola á la puerta del cuarto, fija la mirada en la prenda que cosía, algo así como el aura perfumada del terruño, como una ráfaga del viento puro de la huerta, refrescaba su frente.

¿Dónde estaría la pobre madre? ¿Y el tío Gerónimo?

Cerrando los ojos al impulso de un pensamiento triste, representábase en su mente toda la vida pasada: el huerto, con sus le-

gumbres, sus gallinas, sus flores; el ancho camino polvoriento por donde, todas las tardes, á la hora del crepúsculo, volvía del mercado; el río, de claras aguas, que corrían murmuradoras bajo los puentes, besando los lirios de la margen; la iglesia ruinosa en cuyas bóvedas había encontrado eco la dulce oración que manaba de sus labios; y todo aquel derroche de luz y de colores y de armonías, todo aquel país de cielo límpido, aparecíase en su cerebro, la hacía su esclava, aprisionándola en las redes de la nostalgia.

¡Ah! qué lejos estaba todo aquello, qué lejos.

Súbita melancolía se albergaba en su pecho; y al volver los ojos hacia el patio, tan desolado, tan triste, en donde correteaban niños semidesnudos, las lágrimas humedecían sus párpados, y se deslizaban lentamente por las frescas mejillas, como la gota de rocío que, al asomar la aurora, huye por el pétalo de la flor lozana.

Más de una tarde la sorprendió Julián llorando, con el rostro entre las manos.

¡Cómo! ¿no estaba contenta? ¿Acaso él no

la daba gusto en todo, no la quería mucho, como nunca había querido en su vida?

Pero más tardaba el amante en dar cima á sus reproches, que ella en echarse en sus brazos, besarle en los carrillos con sus labios húmedos, olvidándose de todo, riendo de sus niñerías.

De pronto, la muchacha enfermó: era una ligera fiebre, que, según el decir de las vecinas, tenía su origen en el arroyo de agua fétida que corría por el patio, creando en su seno los gérmenes de males infinitos.

Lúgubre, casi mortuorio, fué desde ese día el aspecto de la habitación.

En un rincón, Rosario deliraba, calenturienta, sobre la cama de tablas, con el rostro lívido, vaga la mirada.

Era preciso no morir de hambre, y Julián marchaba al trabajo, encargando del cuidado de la enferma á Jacinta, la mujer del zapatero, que se trasladaba junto á ella desde por la mañana, solícita, tierna, á pesar de la amargura que se adivinaba en su semblante.

Pasaron muchos días: la salud no volvía, y Julián blasfemaba contra aquel maldito

mal que á todos les tenía encerrados en la sombría pocilga; hasta que una noche, Rodrigo, que entraba por tercera vez en la casa, con motivo de los servicios prestados por su esposa, invitó al campesino á dar un paseo por las aceras, á fin de disipar el fastidio.

Anduvieron por las calles del barrio, obscuras y sucias, tropezando con los baches, y viéndose á veces detenidos por mujerzuelas que no parecía sino que brotaban del suelo: tal era su presteza en plantarse á la mitad de la banqueta, con las faldas bien planchadas, de colores vivísimos, y el rostro marchito recién pintado.

Rodrigo se reía á carcajadas, rechazándolas con chanzonetas groseras, y jurando á su amigote que eran unas excelentes muchachas, á quienes no tardarían en visitar.

Se detuvieron frente á una taberna. Julián negábase á entrar, asegurando al zapatero que el vino le hacía un daño horrible. Pero, lentamente, cedió á los ruegos: el tuflillo del aguardiente le seducía: toda su existencia pasada, con sus alegrías báquicas, iluminó en su mente, y haciendo un gesto desdeñoso, penetró en el establecimiento.

No tenía éste ninguna semejanza con el del tío Pedro, tan sobrio en adornos: por el contrario, el huertano observaba que las paredes estaban cubiertas de estampas representando bailadoras tapatías, batallas campales, ebrios de vientre enorme, etc., etc.—Asimismo, de un muro á otro, hallábase tendido un hilo, del que pendían papeles multicolores; y en el fondo, á la vista de todos, estaba una imagen de San Antonio, patrono de la taberna.

De pie ante el mostrador, libaron hasta achisparse. Hablaban mucho y de cosas diversas: el zapatero era locuaz, y con la misma facilidad abordaba los asuntos de la familia que los graves problemas del trabajo.

Ya con la mirada turbia, abandonaron la cantina: agarrados del brazo, chocando contra las paredes, consiguieron llegar á casa. Allí, en el patio poblado de sombras, Rodrigo dijo:

—Ya lo sabes, amigo: para la familia . . . esto, —y cerrando el puño, amenazó el umbral de su vivienda.

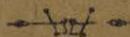
Cuando entró en el cuarto, encontróse con la enferma, que, en camisa, desesperada por

su tardanza, había dejado el lecho. Sollozaba, y su rostro contraído por el dolor, tenía un aspecto angustiado.

.....  
¿Pero creía el tío Gerónimo que él se había disculpado al verla? ¡Nada de eso! Apretábase el vientre, riendo á carcajadas.

¡No, hacía mal en sufrir por menudencias como aquellas! Y á continuación le refirió todo lo acontecido.

—¡Demonio de zapatero! Es un buen amigo, —decía, —tan bueno como Chano.





XV

**Y** de pronto, interrumpió su narración, la historia de su pobre amor, que brotaba de los labios contraídos por sonrisa amarga, al ver que las lágrimas relucían en el rostro atezado del viejo.

Se negaba á continuar. ¿Para qué revivir viejas tristezas, robando así la tranquilidad del anciano?

—Sí, sí, cuenta, cuenta . . . El recordar las cosas pasadas, es una lección para el porvenir.

Prosiguió, en voz baja, con la mirada perdida en el infinito azul que matizaban los tonos de oro del crepúsculo.

Ella lo comprendía, veíalo claro, muy cla

ro, como la luz: Julián, desde aquel día, comenzó á dejar de amarla.

Acabáronse los paseos por las calles, al anohecer, cuando las sombras hacían su entrada triunfal. No más mimos, ni más caricias. Entre los dos, se abría un abismo que les separaba, y el cuarto, antes alegrado por el calor de un nido, hubo de recobrar su aspecto lúgubre.

Y Rosario decía en su interior:

—Ya no me quiere, ya no me quiere....

Y Jacinta le murmuraba al oído:

—Rodrigo le ha perdido..... ¡Sí, él, él es el culpable!

Una noche le esperó en vano.

Cuando sonaron las ocho, y Julián aun no volvía, la moza sintió una vaga inquietud. Ya lo adivinaba desde hacía largo tiempo: el rompimiento absoluto, el desca-ro, no tardarían en declararse.

Y lloró durante prolongados instantes, allí, junto á la puerta, con el rostro apoyado en el muro y el corazón oprimido por negros presentimientos.

Todavía le quería, con el ardor del primer afecto: pero su desvío, no lo lamentaba tan

sólo por ella, sino principalmente por el niño, que ya comenzaba á desgarrar sus entrañas.—¿Qué sería de aquél pobre sér, sin el amparo del padre?

Se clavó de codos en la ventana, con los ojos fijos en las tinieblas del patio.

Instintivamente, pensó en su madre: el odio inveterado que la señá Juana profesara á Julián, revivió en su mente, y hasta entonces fué cuando dudó en calificar de buena su aventura amorosa.

El huerto, con todas sus galas, con sus frondas rumorosas y sus flores multicolores y perfumadas, con sus puertas de sol y sus auroras rubias; toda aquella vida patriarcal y tranquila, se ofreció á sus ojos, lejos, muy lejos; y experimentó miedo al observar su soledad, y quiso huír, temerosa del encuentro inevitable, de la lucha bestial.

Pero el niño que se formaba en su vientre la retuvo. Era madre, y su deber consistía en no separarse jamás del que engendrara al hijo.

Dieron las diez, las once, las doce, la una.. No tornaba.

Un aire frío, cortante, la hacía tiritar, y ni siquiera intentó cubrirse con el rebozo. Era presa de los celos. Sufría doblemente, por ella y por el niño, sin consuelo, sola ante la noche despiadada, que extendía sobre la tierra sus negras alas.

Hacia á las dos, tres puñetazos que hicieron temblar la puerta, la volvieron á la realidad. Partió en dirección del zaguán.

Antes de abrir, escuchó; era Rodrigo que decía á Julián:

—Yo seguiré corriéndola hasta mañana. Adiós, hermanito.

Luego, el ruido de los pasos vacilantes fué perdiéndose á lo lejos.

Ante la faz hinchada, roja, y los ojos inyectados de Julián, sintió miedo, ella, que antes, sólo experimentara amor.

Sin dirigirle la palabra, atravesó el patio con paso vacilante, seguido de Rosario que lloraba en silencio.

Hosco, mal humorado, se dejó caer sobre la única silla que había en el cuarto.

—¿Hay cena?—preguntó

—¡Es tan tarde! La lumbre se ha apagado.

¡Maldita la hora en que él pensó unirse con semejante hembra! Eso de decirle al marido: “no cenas, porque no hay lumbre”, no era propio de las mujeres honradas, sino de las cochinas como ella, que de todo se ocupaba, menos del bienestar de la casa.

Se quedó atónita. Era la primera vez que escuchaba de labios del amante frases duras. Había confirmado su sospecha: ya no la amaba, y ante el desengaño, sus párpados se humedecieron. Sollozó, sin esperanza, presintiendo la negrura del futuro, el porvenir amargo, inmensamente triste, que esperaba al pobre sér, sangre de su sangre, que en breve nacería.

El borracho, al ver lágrimas en las mejillas de la joven, se irritó más.

¡Conque no bastaba que le tuviera muerto de hambre, sino que le torturaría con sus lloriqueos! No, que se acostara mejor, en paz de Dios, y no le exaltase.

Pero Rosario no le obedecía, continuaba llorando.

—No te conformas con llegar al amanecer: quieres insultarme.

—¿Que llevo al amanecer?... Yo se,

¿qué te importa? Son cosas de hombres, en que las mujeres no deben meterse,—gritó, añadiendo en seguida, furioso ante la réplica de Rosario:

—Mira: lo más conveniente es que te calles, porque de lo contrario, te doy muchas bofetadas.

Y la amenazaba con el puño, tambaleándose.

¡Nada! Lo más propio para gobernar la casa, era el puñetazo limpio. Como decía su amigo Rodrigo, las mujeres sólo merecen que se las trate á puntapiés. Hacía algún tiempo que ardía en deseos de espetar tres frescas á Rosario, y ahora aprovechaba la oportunidad, sencillamente.

Ya no le atraía el esplendor de la carne; el espíritu del placer, que era el que le guiaba al amar á la joven, había amortiguado.

Después de la enfermedad que sufriera, Rosario había disminuido en hermosura. Se transformaba lentamente: sus mejillas estaban pálidas, sus ojos rodeados por ojeras violáceas, demacrada la faz, el vientre hinchado, como cúpula.

Y sentía repugnancia y hastío hacia aquel

cuerpo que conocía como á la palma de su mano, y de cuyas delicias gozara hasta la saciedad.

No lo manifestó hasta ese día, porque los besos y las caricias eran para él como una mordaza.

Cuando se hubo desahogado, cuando vomitó las injurias todas que le escarabajaban en el pecho, se tumbó sobre el suelo, quedándose dormido.

De esa noche en adelante, Rosario sufrió las más grandes miserias.

Los sábados, cuando su marido cobraba el salario, no iba á casa. En unión de Rodrigo y otros borrachines del barrio, ganduleaba por las cantinas hasta el día siguiente, en que volvía al lado de su mujer, temblando, enfermo, con los humos de la embriaguez aún en el cerebro, y la cuarta parte del jornal en el bolsillo.

El hambre asomó su faz demacrada en el hogar sombrío. Faltó el pan. Un día, Rosario le dijo:

—Quiero pan: el niño se moriría si yo no comiese....

Se indignó, como de costumbre, increpándola.

¿Tenía hijos? Y eso, ¿qué le importaba a él? Ella era la culpable: ¿para qué los formaba?

Un impulso de cólera la dominó, y en tal instante comprendió hasta dónde alcanzaba la bajeza del hombre a quien se había entregado.

Y las palabras de su madre fluyeron a sus labios: poseída de un espasmo nervioso, corrió hacia Julián, gritándole:

—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Maldito! Eres peor que las bestias: ni a tus hijos quieres.

Apenas había pronunciado la última palabra, cuando se llevó las manos al rostro, dando un grito: Julián había descargado su puño.

Corría azorada por la habitación, lanzando agudos chillidos, aterrorizada, perseguida por el albañil, que, con el semblante pálido de ira, lanzaba soberbios puñetazos sobre sus espaldas.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Nadie respondía a su voz, preñada de angustia: algunos vecinos miraban la lucha

desde la puerta, tranquilos, ávidos de incidentes.

No cesó en su tarea infame, hasta que la joven yacía en el suelo, lívida, sin movimiento.

Jacinta, guiada por un amor piadoso hacia su compañera de infortunio, penetró en el cuarto al ver alejarse a Julián. Sus descarnadas manos secaron las lágrimas de Rosario, y los consuelos salidos de sus labios, fueron algo así como el rocío, que descendía sobre aquella flor próxima a marchitarse.

.....  
.....

Se anunciaba el invierno, la estación dolorosa, el terror de los pobres que carecen de pan y de abrigo.

Bajo el cielo pálido se alzaba la ciudad con cierto sello de tristeza, la tristeza del otoño, que hace presentir las hojas secas, los días sin sol, el frío, la miseria, el hambre.

Por la noche, a las nueve, acudió Jacinta a casa de su amiga, que la mandó llamar urgentemente. El niño iba a nacer. La ma-

dre misma, con dificultad, apoyándose en las paredes, con débil paso, había ido á traer á la partera, que ya se encontraba ahí, á un lado del lecho, observando con atención los movimientos de la enferma.

En vano las mujeres esperaban el regreso de Julián, que había salido desde por la mañana.

Las tres, en silencio, permanecían ansiosas: la futura madre, tendida en la cama, con los ojos muy abiertos, velado el rostro por mortal lividez, el cuerpo sacudido por raros estremecimientos, que la impulsaban á prorrumpir en quejas dolorosas; la vieja que practicaba la obstetricia, con la mirada atenta, delante de la joven; Jacinta, con los ojos fijos simultáneamente en la puerta y en Rosario.

—Oye, no viene... —murmuró.

—Ni creas que venga... Es sábado....

La operación fué larga y laboriosa. Resonaban en el patio los gritos de la parturienta, á quien Jacinta infundía valor.

Mas, no obstante los atroces dolores que hubo de resistir, cuando escuchó el primer lloriqueo del niño, sintió una alegría, un

alborozo tan grande, que débil sonrisa irradló en su semblante, iluminándolo.

Imaginábase que el tierno hijo sería en el porvenir un lazo de amor entre los dos: que ambos afectos, convergiendo en el pequeño, volverían á unirse. ¡Cuán disparatadas eran sus esperanzas!—Julián besó al "retoño" muchas veces, le acarició en los primeros días, mientras Rosario estuvo enferma; pero dos meses después, cuando la madre comenzaba á restablecerse, y el resplandor de la dicha aureolaba su frente, el amante tornó á sus ocupaciones favoritas: la embriaguez, las noches de vagancia por las oscuras calles.

El hogar fué de nuevo presa del hambre. El marido se enfurecía cuando no le daban pan, y el niño sollozaba por la carencia de leche.

Menudeaban las palizas: sólo que ahora Rosario se defendía como leona irritada. Esto, sin embargo, fué causa de que el bebé, de por sí enfermizo, —como que era hijo de un alcohólico y de una mujer torturada por la angustia,—enflaqueciera más.

Contemplábale á menudo, con ojos lacri-

mosos: tendido en la cama, casi desnudo, alargaba las piernecitas delgadas y morenas, llevábase á la boca las diminutas manos, cuya piel transparentaba los huesos; y la carita exangüe, que tenía los rasgos fisonómicos de ella, hallábase á veces humedecida por el llanto.

Jacinta, apiadada, cedió á Rosario, en diversas ocasiones, un pedazo de pan. Era triste y consolador, al propio tiempo, ver á una víctima de la miseria aliviando la necesidad de otra víctima.

Era una buena mujer. Rosario la quería con ese dulce amor que enlaza á los desgraciados, y cuando el dolor oprimía su pecho, reclinaba el rostro en el regazo de la amiga, y lloraba, lloraba....

Jacinta, por el contrario, jamás hubo de verter lágrimas: con ese estoicismo que infunde el sufrimiento, veía las amargas de la existencia sin inmutarse, soportaba los golpes con la cabeza baja, y sufría sin decir palabra.

—Lo mismo que tú, era yo, cuando me casé con Rodrigo. Lloraba demasiado. Ahora, bien sé que eso de nada sirve....

Es preciso sufrir.... ¡Qué quieres! Así son los hombres.

Sin embargo, la muchacha comprendía que la situación hacíase insostenible por instantes: Julián, que comenzara por rebajar una parte del salario, terminó por no ceder ni un centavo para los gastos de la casa.

Una tarde, al obscurecer, el hambre la devoraba. Comió á medio día nada más que lo preciso para alimentar al niño, y sentía, cuando éste chupaba sus pechos, que le roñan las entrañas. A veces, desvanecíase, y experimentaba debilidad tan extremada, que se nublaban sus ojos, y le parecía que los objetos giraban en derredor vertiginosamente.

¿De dónde coger el pan? Jacinta no había comido desde por la mañana; de Julián era imposible esperar algo, por razón de que desde hacía tres días no pisaba el umbral; en cuanto á los demás, ¿cómo pedirles, si apenas les conocía?

De pronto, miró, colgado en el rincón, su vestido de lana azul, la única prenda de que se enorgulleciera, que adquirió á fuerza de

economías, cuando aun anhelaba aparecer bella á los ojos del amado. Acordóse de que existía el Montepío.—Ella, en realidad, no sabía qué fuese aquello: la portera manifestóle una vez que era un establecimiento en que atenuaban la miseria del pobre, cobrándole réditos subidos, y nada más.

Con sonrisa placentera, no excenta de dolor, descolgó el traje en el cual se dibujaban, en otro tiempo, sus formas redondas; hizo con él un pequeño bulto, y, con el niño en brazos, acompañada de la esclava del zapatero, dirigióse al Monte de Piedad.

Al tornar á casa, con un puñado de monedas en el bolsillo, era dichosa. Había comido: no pedía más.

Buscó empleo: en ninguna parte se lo dieron. Intentó ser doméstica: iba de puerta en puerta, implorando trabajo. Las amas de casa la volvían la espalda. ¡Qué locura! ¿Trabajar ella, con un hijo? ¡De ninguna manera! Los chicos son un estorbo.

La ropa y los escasos muebles que poseía siguieron el mismo camino que el vestido azul.

Una noche, entró Julián en la habitación.

Era en invierno: rachas de viento frío canturreaban el himno de la miseria por entre las rendijas de la puerta. En un rincón, la madre daba al niño la última gota de leche. Tenía la mirada triste, brillante, fija en las paredes desnudas; á veces, la recogía, posándola en el brasero sin lumbre, en que la ceniza lucía su blancura mate.

Bien se conocía que la estrechez y la pena dominaban allí: el pavimento de ladrillos negruzcos, hallábase cubierto de polvo, y en las vigas, la araña, la obrera solitaria, laboraba en su tela reveladora de abandono y de ruina.

Detúvose en medio del cuarto, vacilante. Su barba había crecido, fulguraban los ojos de mirada estúpida bajo la espesura de las cejas; tenía los cabellos en desorden, y el vestido hecho girones.

—Tengo hambre.....

La mujer le miró sin responderle.

Avanzó. Y tendió la mano hacia el pequeño, tratando de acariciarle.

Rosario ocultó á su hijo bajo el rebozo.

—¿Cómo va el muñeco?

—Tiene hambre también.

Julián rió bestialmente.

¡Diablo de hombrecillos! Querían tragar desde pequeños. ¡Vaya si daban que hacer á los papás!

Y explicó en seguida la causa de su ausencia: los amigos le habían obligado á que les acompañara, y á pesar de su renuencia y de sus protestas, le emborracharon por espacio de varios días.

Rodrigo era testigo de ello: podía creer que no mentía. Su espíritu de hombre honrado se sublevó, ante la exigencia de los camaradas, y aquella misma tarde habíase escapado de la taberna, rumbo á la obra, con el fin de reanudar sus tareas. Juraba que era un hombre de excelentes sentimientos, que adoraba á su mujer y al chico con toda la fuerza del alma.

Rosario le escuchó, asombrada de su dulzura; jamás, ni cuando vino el niño al mundo, se había mostrado tan afectuoso.

Continuaba con voz monótona: sentía mucho decírselo, le habían despedido y ahora volvía á su lado, hambriento, y sin un centavo en el bolsillo.

La joven clavó en él la mirada con desprecio. ¡Ah! ya sabía el por qué de su venida: pedía pan á la miseria.

Julián esperó en vano una palabra de su amante, la cual no despegó los labios, prosiguiendo en la tarea de arrullar á su hijo.

—Tengo hambre,—repetía el albañil.

—Busca en otra parte el pan: no hay aquí.

¡Cómo! Sí le había. Que no se afligiera su pobre mujercita: ya tenía un recurso en el magín.

Rosario se puso de pie, súbitamente, feliz.

—Mira,—exclamó, corriendo hacia al lecho del niño, y mostrando el jorongo y las sábanas un tanto sucias;—esto puede venderse.

La madre lanzó un grito, y dejando al chiquillo en el suelo, abalanzóse hacia el ebrio, arrebatándole las prendas.

—No, no.... Reflexiona que se morirá de frío.

Julián la contemplaba airado; ella permanecía en actitud de defensa.

El borracho, de un salto, se plantó junto

á la mujer, estrechándola con furia, con intención de recobrar lo perdido.

—¡Qué muera el mocoso! Primero es el propio pellejo.

Rosario logró desasirse y huyó.

El la perseguía por la pieza: el niño sollozaba.

Recobró el jorongo dándola brutal empujón.

Con la risa bestial en los labios, la contemplaba, escuchando tranquilamente los más soeces insultos. Giró sobre sus talones, encaminándose hacia afuera.

Antes de que saliera, Rosario corrió hacia él, escupiéndole en el rostro.

—¡Ah! ¡Canalla, canalla, canalla, sin vergüenza, ladrón!

De pie, rígida, desmelenada, quedó en la puerta. El aire azotaba sus carnes mal cubiertas por harapos, y dos granujas de la vecindad la observaban con curiosidad.

Pensó en el calvario que se ofrecía á sus ojos: el hambre dueña del hogar; el marido hurtándoles el mendrugo á ella y á su hijo enfermizo; golpeándola á menudo, sin

que una mano caritativa la librara de sus garras feroces.

Estaba sola, sola en el mundo. Los seres que la rodeaban, ¿quienes eran? Conocidos de ayer, que mañana, arrebatados por el torbellino cual hojas secas, la olvidarían.

—Sola . . . sola . . . —murmuraba con los dientes apretados por la rabia.

¿A quien pedir protección?

Y miraba al cielo. Pero el cielo permanecía mudo, impenetrable; mil ojos que resplandecían, parecían burlarse de su ruina.

Allí estaba Dios, sí, allí estaba. El padre Matías se lo había dicho cuando era niña.

¡Mas cuántos pobres, que rezaban, que rezaban mucho, haciendo penitencia sobre las losas de los templos, con las rodillas ensangrentadas, morían de hambre!

Un hálito de desolación soplaba sobre ella; la más atroz desesperanza la poseía ante el derrumbe inevitable.

La idea de la muerte acudió. Morir . . . . ., morir, alejarse para siempre de las miserias humanas: tal era el partido que se la ofre-

cia. E instintivamente fijó la mirada en un trozo de cuerda que yacía en el suelo.

Un sollozo del niño la hizo estremecer. ¿Cómo dejar á su hijo en el desamparo?

—Triunfó el amor de madre.

Entonces, ¿qué iba á hacer? . . . .

Prorrumpió en un grito de alivio.

Una ráfaga de aire acarició las hojas de los tiestos miserables del patio, haciéndolas susurrar dulcemente.

Aquel susurro evocó toda la huerta, con sus rumores y fragancias, con su reir de arroyos, con el crujir de sus árboles al peso del fruto.

¡Oh, la tierra, la tierra salvadora! ¡Ella iría hacia allá!

Enloquecida, corrió al lugar en donde se hallaba el niño; le cogió en sus brazos, y con el pecho palpitante, la esperanza pintada en el rostro, libre ya de la angustia, salió á la calle.

.....  
 .....

Lo demás, ¿para qué contarle al tío Gerónimo?

Ya lo sabía: hubo de hacer el viaje de

limosna, con los pies descalzos, tiritando, con el pequeño en brazos.

Ambos, la sobrina y el tío, miraban al ocaso:

Era el crepúsculo que se extinguía: en el horizonte, el cielo azul estaba matizado por los últimos destellos, de un color rosa pálido, muy débil, que teñía la blancura de las nubecillas, que se amontonaban, como atraídas por la agonía del astro, semejantes á copos de nieve.

Lentamente, poblábase la vega de sombras, en tanto que las copas de los árboles y las lejanas montañas centelleaban heridas por los rayos postreros, que parecían inmensas saetas de oro.

Salmodiaban las frondas en los funerales del sol, y la paz augusta de la tarde era turbada, á veces, por el jarre! áspero de los arrieros, por melancólicos cantos, por el ladrido de los perros, por el cacarear de las gallinas que buscaban sitio en donde dormir.

Un pájaro, lanzando píos dolorosos, cruzó el espacio.

De la tierra fecunda, elevábase un acre olor húmedo, que hacía pensar en el esplendor de la cosecha.

Y los dos seguían mirando el crepúsculo, ya casi extinguido, fijamente, con insistencia, como si él fuera el símbolo de su vida futura: el viejo de cabellos blancos, sentía la proximidad de sepulcro; ella, ajada, sin una ilusión, pensaba en su última esperanza muerta: en el niño que dormía allá, bajo los cipreses. . .

Una sombra pasó delante: era la seña Juana. Iba con la cabeza baja, muda, taciturna.

El perrazo negro, que dormía junto al arriate, alzó la testa, lanzando prolongado aullido. Rosario se estremeció ante el recuerdo, é instintivamente buscó la mano del viejo. . . .

Era de noche.

FIN

México, agosto—noviembre, 1904.



GOLD

F  
C  
D